



(Foto: Juan Rulfo)

mala huyendo del destino de desdichas y finalmente del rostro de la muerte. Pero hay algo que no podemos olvidar; Juan Preciado ha de regresar a Comala para intentar encontrar su origen, ese rostro de su muerte propia.

«Y era nuestra herencia una red de agujeros»¹⁹

Juan Preciado llega allí, a un pueblo sin ruidos que está en la mera boca del infierno, las casas invadidas de hierbas y las voces hechas de hebras humanas. Se lo había prometido a su madre; pero no fue tanto la promesa como la esperanza del origen y el renacimiento, la ilusión del regreso y el cobijo. Guiado por la memoria de la madre entra en ese pueblo habitado de susurros, de tiempos simultáneos, para presenciar, con más orfandad que nunca, el espectáculo ceniciento de la caída de las esperanzas.

De este viaje se han hecho todo tipo de interpretaciones; se ha querido ver en *Pedro Páramo* la versión mexicana del mito del eterno retorno, de la búsqueda del padre del paradigma clásico, de la búsqueda del paraíso perdido. Y es cierto, *Pedro Páramo* cierra un círculo. Pedro Páramo es el padre, el origen; Doloritas puede ser una Penélope ultrajada, Juan Preciado un Telémaco desconocido y Abundio una especie de Caronte desgastado. Pedro Páramo también es la ley, el padre común, el que engendra y quita la vida. Sin embargo, *Pedro Páramo* no se ajusta a ninguna de estas concepciones y a la vez participa de todas ellas. A pesar de las diferencias existentes entre las concepciones citadas, y sabiendo que esto es una simplificación, hay un elemento común a todas ellas, y que es a la vez lo que las separa de *Pedro Páramo*: en la cadena de acontecimientos que narran se percibe un último eslabón que es el que cierra la cadena; se trata del eslabón de la esperanza. Sí, en *Pedro Páramo* se entrecruzan y mezclan varios elementos míticos, pero es la ausencia de ese eslabón de esperanza lo que da a la novela de Rulfo su carácter específico, y así, el resultado final no es nada reconfortante; porque Rulfo no habla nunca del deber ser y porque *Pedro Páramo* no es sólo la novela de un mito, es también la novela de una sociedad, de una realidad, es, sobre todo, la novela del tono y el ritmo con que una comunidad intenta desenmarañar su existencia, apoyándose en los mitos, las ideologías, los anhelos, los dioses y las decepciones.

Juan Preciado desciende a Comala, entre la canícula de agosto, de la mano de los recuerdos de su madre. Y será conducido a través del laberinto de la memoria de Comala por Eduvigis Dyada, Damiana Cisneros, Dorotea... quienes como un extraño colectivo matriarcal introducen a Juan Preciado en un tiempo fragmentado y simultáneo. Juan Rulfo dijo que *Pedro Páramo* era un ejercicio de eliminación, y que: «Sí hay una estructura en *Pedro Páramo*, pero es una estructura construida de silencios, de hilos colgantes, de escenas cortadas donde todo ocurre en un tiempo simultáneo que es un no tiempo»²⁰. Son esas madres sucesivas las que le abren a Juan Preciado la puerta del tiempo simultáneo, la puerta de la estructura de la memoria. Pero antes, lo primero

¹⁹ Poema náhuatl. Citado por Miguel León Portilla en: Los antiguos mexicanos. Pág. 113. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1983.

²⁰ Benítez, Fernando: «Conversaciones con Juan Rulfo». En: Inframundo. Pág. 6. Edit. Ediciones del Norte. México, 1986.

que Juan Preciado averigua de su padre es que es «un rencor vivo»²¹; su hermano se lo revela; más tarde descubrirá que Pedro Páramo es el tirano, el gobernante, la ley, también el padre. Pedro Páramo es la ley y esto sus hijos no lo pueden ignorar: «El caso es que nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar»²². Pedro Páramo es el gran padre común y, como dice Blas Matamoro: «Es el páramo de la muerte pero la firme roca donde se afirma el edificio del orden constituido conforme a la ley»²³. Pero es un padre que no representa y hace cumplir la ley puesto que no hay ley fuera de su deseo y su voluntad (deseo y voluntad que pueden cambiar en cualquier momento) y Juan Preciado es hijo, como todos, de Pedro Páramo y de un colectivo de madres ultrajadas.

Carlos Fuentes, partiendo de la teoría de los arquetipos de Jung, en la que el arquetipo no es una representación si no la vida psíquica, el inconsciente de la comunidad, ve en *Pedro Páramo* el arquetipo de la tierra de los muertos. Efectivamente, frente a la búsqueda del paraíso perdido, el resurgimiento del héroe, los amantes originales, etc., en *Pedro Páramo* nos encontramos con el mundo de los muertos, y es alrededor de este arquetipo, alrededor de la conciencia de la muerte, donde se organiza el resto de los mitos.

Juan Preciado va a Comala porque lo lleva la ilusión, y como le dice Dorotea, eso cuesta caro. Lo lleva la ilusión del origen, de una reconciliación histórica imposible porque es hijo de una madre humillada y un padre cruel. Y lo lleva la ilusión del resurgimiento, y en lugar de esto encuentra su espacio, su rincón en el mundo de los muertos, acurrucado entre los brazos de Dorotea.

Pero de eso no es culpable Pedro Páramo; sí, «me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre»²⁴, pero es que ninguno de los que allí vivían tenía los ojos limpios de culpa. Además Pedro Páramo no es sólo el tirano, el padre de los hijos de las chingadas; es una roca, como su nombre indica, pero esa roca tiene una herida y esa herida se llama Susana San Juan. Carlos Fuentes nos dice que la primera función de Susana San Juan «es la de ser soñada por un niño y la de abrir, en ese niño que va a ser el tirano Pedro Páramo, una ventana anímica que acabará por destruirlo»²⁵. Cómo dudar de que el sentimiento que en cierta forma nos reconcilia con Pedro Páramo es el desafortunado e imposible amor que siente por Susana San Juan. Cómo dudar de que lo único que podemos admirar en él es esa herida de la que habla Carlos Fuentes, aquel recuerdo infantil y las noches en vela contemplando los sudores, la belleza, la locura y el inexorable camino hacia la muerte de esa mujer. Cómo no conmovernos cuando conocemos que el deseo de Pedro Páramo sobre Susana San Juan es que ella «le sirva para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los

²¹ Rulfo, Juan: *Pedro Páramo*. Pág. 68.

²² *Ibid.*, pág. 69.

²³ Matamoro, Blas: «El nombre del Padre». En: Cuadernos Hispanoamericanos. Pág. 415. Números 421-423. Julio-septiembre 1985.

²⁴ Rulfo, Juan: *Pedro Páramo*. pág. 187.

²⁵ Fuentes, Carlos: «Rulfo, el tiempo del mito». En: *Inframundo*, pág. 13.

demás recuerdos»²⁶. «¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber»²⁷. Y es así porque pertenecen a esferas de la realidad absolutamente distintas. Pedro Páramo esperó treinta años a que Susana regresara: «Esperaré a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti»²⁸. Pero ése no era el camino hacia Susana San Juan; porque Pedro Páramo, a su pesar, pertenece al mundo de la razón, a un mundo en el que la muerte separa y es el final. Sin embargo, para Susana San Juan la muerte no interrumpe nada; ella ama a un muerto, ama a un muerto con su cuerpo, ama el cuerpo de un muerto, y después de muerta sigue amándolo. Ella pertenece a la realidad de los deseos, de la infancia, los delirios y el tiempo simultáneo. La desdicha de Pedro Páramo es que su herida no es total; él intuye el universo de Susana San Juan, presencia lo que él entiende como su delirio, y aunque no puede dejar de amarla, tampoco puede dejarse atrapar por esa concepción de la muerte.

Sí, Pedro Páramo es el cacique, el violento conquistador, aquel que intenta cosificar y manipular la realidad, el que no sabe medirse de otra manera que no sea violentando la vida; pero al igual que Juan Preciado tiene un destino que no se corresponde con sus esperanzas, un destino que lo lleva a encontrar su lugar entre los muertos en lugar del resurgimiento en la historia, Pedro Páramo también tiene el suyo: su destino se llama Susana San Juan, y ella no hace otra cosa que recordarle que el amor y la pasión tienen tanto que ver con la vida como con la muerte, y que la única manera de alcanzarla habría sido aceptar la fragilidad del tiempo lineal y de la historia, asumir el rostro de su propia muerte sin rencor. Pedro Páramo podría haber sido el cacique perfecto si no se hubiera enamorado de Susana San Juan, pero es ese amor el que lo lleva a terminar desmoronándose como un montón de piedras.

Pedro Páramo es una gran novela socio-política, pero su grandeza como tal radica en no pretender darnos explicaciones ni juicios, sino en poner en juego todos nuestros sentidos (más allá de la ideología), y en avisarnos constantemente de que la realidad es mucho más compleja, más ambigua y secreta. *Pedro Páramo* tiene también la estructura de los mitos y nos atrapa con ella porque, aunque parezca que nuestros dioses han muerto, aún continuamos necesitando de esas formas ahistóricas, aún nos acompañan y nos ayudan a entender y a pensar la vida. Pero sobre todo, *Pedro Páramo* tiene el ritmo, la redondez y el espacio para el silencio que tienen la poesía o la música; como ellas, tiene la falta de soberbia necesaria para entregarnos más preguntas que respuestas. En esa estructura entrecortada, «hecha de hilos colgantes», acudimos, espectadores asombrados, al sonido de los murmullos bajo tierra, al ritmo de las conversaciones desoladas. Su lectura nos hace humildes y nos invita, como Susana San Juan a Pedro Páramo, si no a reconciliarnos, al menos a que no ignoremos el sonido de la muerte.

Guadalupe Grande

²⁶ Rulfo, *Juan*: Pedro Páramo. Pág. 165.

²⁷ *Ibid.*, pág. 165.

²⁸ *Ibid.*, pág. 151.